

ADRIANA PUIGGRÓS. *DE SIMÓN RODRÍGUEZ A PAULO FREIRE. EDUCACIÓN PARA LA INTEGRACIÓN IBEROAMERICANA*. BOGOTÁ: CONVENIO ANDRÉS BELLO, 2005, 131 pp.

Sobre la idea sostenida de una necesaria integración regional latinoamericana y caribeña debido a “razones de largo plazo”, en oposición a “motivos que proporciona el neoliberalismo para su distanciamiento”, Adriana Puiggrós, a partir de la admisión de que la cultura y la educación pueden cumplir un importante papel cohesionador, se introduce en el estudio crítico de algunos de los más importantes discursos pedagógicos que desde la época independentista marcaron la ruta educativa regional.

El interés está dirigido a mostrar las líneas de fuerza que orientaron los programas educativos de América Latina y el Caribe en distintos momentos de su devenir histórico a través de una línea reflexiva que no se acoge esquemas cronológicos convencionales de estudio, sino que, en el afán de revalorizar algunas respuestas educativas pretéritas, se introduce en primer lugar en el estudio de varias corrientes que a partir de la década de 1960 hasta 1980 pusieron en tela de duda la educación moderna en situación de fracaso, y luego, desde una perspectiva histórica, en el análisis del pensamiento de destacados intelectuales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. Sin embargo, la preocupación no se detiene en esos marcos temporales. Y es que la autora estudia también las experiencias educativas regionales recientes en el “convencimiento de la continuidad de su historia”; continuidad que exige acciones “deseables” que deben ser compartidas por los Estados de la región, esbozadas en grandes rubros por ella en la última parte del trabajo.

El primer capítulo del libro muestra cómo en la década de 1970 irrumpen varias corrientes que pusieron en tela de duda la estructura educativa de la región lideradas por intelectuales “desarrollistas” y “revolucionarios”, quienes, influidos de las teorías reproductivistas de las izquierdas francesa, inglesa y norteamericana, participaron con ellos de la idea de que la escuela era “medio de reproducción de la ideología dominante”.

En el marco de tales cuestionamientos, la tesis de descolarización de Iván Illich y el programa pedagógico de Paulo Freire fueron dos de las grandes tendencias que se colocaron en contrapunto a la escuela instalada. Sin embargo, desde una postura crítica al reproductivismo y a la descolarización, la autora señala que, a excepción del programa educativo de Freire que en sus palabras fue el que “más rédito ha dejado”, reproductivismo y descolarización no desarrollaron propuestas teóricas pedagógicas alternativas de tal manera que no impactaron en el sistema educativo instituido que buscaban desarmar, precisamente debido al “vacío discursivo” que les caracterizó.

En medio de este ambiente de contestación se pusieron en marcha, de todas maneras, una serie de experiencias que se asumieron bajo la denominación de “educación popular”, que, aunque inspiradas en el programa pedagógico de Freire, quien impulsó el paradigma, fueron en el mismo momento de su apareamiento seriamente cuestionadas, entre otras razones no solo porque distorsionaron recomendaciones pedagógicas freireanas, sino porque en ocasiones sirvieron a objetivos contrarios en términos negativos a los que planteó la pedagogía de la liberación.

Ya para la década de 1990, la educación regional experimentó otros desplazamientos, en este caso bajo los designios del Fondo Monetario Internacional y en última instancia del “torrente neoliberal” que, aunque incapaz de hacer *tabula rasa* de las experiencias educativas históricas anteriores, se infiltró en los sistemas educativos regionales a los que les imbuyó de ideas mercantilistas. En medio de esta situación la autora hace notar la presencia grave de planteos restrictivos y selectivos de educación, inclusive disciplinariamente legitimados.

Si al reproductivismo y a la descolarización les caracterizó una cierta miopía al no alcanzar a otear el embate del neoliberalismo que se cernía ya para entonces amenazante, y si específicamente la tesis del fin de la escuela significó en última instancia al mismo tiempo la negación del legado histórico, la autora propone “revisar la historia” con el propósito, por un lado, de encontrar las causas que imposibilitaron transformaciones y, por otro, de apropiarse de saberes pedagógicos pretéritos productivos que podrían alentar respuestas a los acuciantes problemas educativos presentes que los críticos a la “educación dominante” en su momento no pudieron armar consistentemente, dejando en cierta forma a la región a expensas de los designios educativos internacionales.

Desde ese interés, la segunda parte del libro concierne no solo al análisis del discurso de tres de los grandes intelectuales latinoamericanos decimonónicos: Simón Rodríguez, Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, sino que se introduce también en los discursos de otros intelectuales de la primera mitad del siglo XX (como los del argentino Alejandro Korn y del mexicano Alfonso Reyes), discursos que, a pesar de las distancias espaciales y temporales que median entre ellos, tienen en común “el elemento práctico, el compromiso con la realidad, la advertencia sobre la necesidad de hacerse cargo del drama social”.

Si el paradigma político-pedagógico de Rodríguez fue inclusivo y profundamente democrático, en correspondencia con su fe en las posibilidades de los “desamparados”, al interés por una educación única y por un encuentro con la propia identidad latinoamericana, mediada por un ejercicio de invención; Alberdi, señala la autora, postuló un programa que optó por una población laboriosa importada, al tiempo que negó especificidades identitarias latinoame-

ricanas. Por su parte Sarmiento, aunque convocó diferencias raciales, la mirada detenida de Puiggróss en su pensamiento le permitió descubrirlo como un intelectual modernizante y al mismo tiempo comprometido con la educación de las masas. En todo caso, la preocupación de estos pensadores en general estuvo ligada a un interés por el progreso de los Estados; idea que, por cierto, no desapareció más tarde, sino que mantuvo su vigencia décadas después.

Así, pues, en la primera mitad del siglo XX el pensamiento latinoamericano volvió sobre la cuestión social y el problema de la identidad. Los intelectuales o bien se sumaron al antipositivismo o al positivismo, aunque en general no solo que apostaron por la ciencia y la tecnología, sino que plegaron por la formación del sujeto productivo.

Este proceso histórico, sin embargo, estuvo pintado de discontinuidades. El pensamiento de Rodríguez, adelantado a su época, capaz de articular presente con futuro, sujeto pedagógico con trabajo, archivado por las élites de su tiempo incapaces de asumir la *otredad*, quedó suspendido en su tiempo, debido a los “olvidos” de los promotores de la educación popular de casi dos siglos después a su época.

Ya en la tercera parte del texto, la autora desarrolla una importante reflexión acerca del pensamiento del filósofo italiano Giorgio Agamben de cuyas ideas se sirve para abrir una serie de preguntas inquietantes acerca del papel de la educación. Entonces, alrededor de tendencias como la de Agamben, que hablan del fin de la historia, de negación a la transmisibilidad, de imposibilidad de la experiencia, Puiggróss se plantea, entre otras cuestiones, si la educación en esa medida puede ser instrumento de viabilización del sujeto pedagógico capaz de aprendizaje y creación.

Sin embargo, apartándose de esas posturas, encuentra en la educación un gran potencial liberador. Los educadores, dice, están llamados a convocar los saberes populares, a rescatar el poder cultural latinoamericano, ya que este último puede constituir instrumento a través del cual serán posibles respuestas a la globalización homogeneizadora.

Y es que situada en el momento del gran embate neoliberal que resquebrajó el carácter docente de los Estados latinoamericanos, la autora propone el reencuentro con el timón de las propias opciones latinoamericanas, viables siempre y cuando se consoliden procesos de integración regional. No se trata, dice, de rendirse al discurso neoliberal, ni tampoco de adoptar posturas reproductivistas ya que estas llevarían a perderse en la “infinitud de lo actual” o en la “reproducción del puro presente”; se trata de “sostener la continuidad de la experiencia”, de convocar “los lenguajes antiguos (...) requeridos para dar sustento a los nuevos lenguajes que han emergido de aquellos antiguos”.

En medio de tales planteamientos, Puiggróss regresa casi al final de su texto a Simón Rodríguez y al hilo de la propuesta igualitaria de este autor.

Sin olvidar a Freire en las posibilidades de vínculos con Rodríguez, convoca al reencuentro con la historia latinoamericana y caribeña para gestar entre los maestros no solo la imprescindible identidad profesional, sino también continuidades de la experiencia. Sin embargo, no se trata de retomar un Rodríguez "literal", sino de elaborar nuevas experiencias que se construyan sobre la base de reordenamientos pasados. América Latina y el Caribe que lidiaban a principios de este siglo, excepciones de por medio, con híbridos (modernidad inconclusa con neoliberalismo) puede encontrar en la unidad, no solo entre sus países, sino mirando a España y Portugal, la posibilidad de abrir sendas a un reencuentro con su propia historicidad liberadora.

Este libro fue ganador del concurso de ensayo de memoria y pensamiento iberoamericano convocado por el Convenio Andrés Bello en 2004.

Sonia Fernández Rueda
Taller de Estudios Históricos (TEHIS)

LOLA VÁSQUEZ Y OTROS, COORDINADORES, *LA PRESENCIA SALESIANA EN ECUADOR. PERSPECTIVAS HISTÓRICAS Y SOCIALES*. QUITO: ABYA-YALA / UNIVERSIDAD POLITÉCNICA SALESIANA, 2012, 765 pp.

La presencia de los religiosos salesianos en el Ecuador data desde enero de 1888, luego del convenio firmado por Don Juan Bosco, fundador de los Salesianos y el representante del gobierno del Ecuador en Turín (Italia) en 1887. La primera obra que asumieron en el país fue el Protectorado Católico de Artes y Oficios de Quito, pero muy pronto la misión evangélica-educativa se extendió a otras ciudades como Riobamba (1891), Cuenca (1893), las misiones en Morona Santiago-Gualaquiza (1893) y Guayaquil (1902). Los inicios de la presencia salesiana estuvieron marcados por el entorno político que se vivía en el país. Del inicial apoyo de los gobiernos progresistas, se pasó a la expulsión por parte del gobierno liberal, época en la que solo se les permitió la permanencia en la misión oriental de Gualaquiza. Desde la perspectiva actual se puede colegir que, desde 1888, los salesianos han marcado una amplia trayectoria en el trabajo misionero y educativo del país.

Al hacer memoria de la presencia y aporte al patrimonio educativo y espiritual con los 125 años de presencia salesiana (1888-2013) y en las proximidades de la celebración del bicentenario del nacimiento de Don Bosco (1815-2015), se publica el libro aquí reseñado, auspiciado por la Comunidad Salesiana: *La presencia salesiana en el Ecuador*. A través de sus 765 páginas se documenta y analiza la acción educativa-pastoral salesiana desde un enfoque histórico y social.

El libro recoge los resultados de una investigación llevada a cabo no por religiosos salesianos, sino por académicos laicos pertenecientes a la Universidad